

JUAN ORTIZ ESCAMILLA, CALLEJA. GUERRA, BOTÍN Y FORTUNA, ZAMORA: UNIVERSIDAD VERACRUZANA/EL COLEGIO DE MICHOACÁN, 2017, 270 PP.

Un buen trabajo de investigación requiere de mucho tiempo en la búsqueda y recopilación de información, posteriormente el historiador debe relacionar todos esos datos, analizarlos, contrastarlos e interpretarlos, para después redactarlos y proporcionar a la sociedad un producto acabado e interesante que suponga una aportación valiosa a la ciencia histórica. Y eso es precisamente lo que encontramos en la obra de Juan Ortiz Escamilla: *Calleja. Guerra, botín y fortuna*.

Tradicionalmente, la historia buscaba ensalzar a los héroes patrios mostrándolos a las siguientes generaciones como ejemplos a seguir por su sacrificio y entrega generosa por el bien de la propia nación. Pero en nuestros días la historia ya no sólo se ocupa de estos personajes, sino que también vuelve su mirada hacia quienes más que héroes, fueron antihéroes, y cuyas vidas y maneras de proceder fueron un obstáculo para el desarrollo de un pueblo. Como bien dice Ortiz Escamilla, estos personajes también forman parte de la historia mexicana, y es necesario su estudio para comprender el devenir histórico de cualquier país. De Calleja, el autor destaca concretamente que fue el encargado de organizar el sistema militar y defensivo novohispano, cuya influencia perduraría hasta el final de la guerra contra Estados Unidos de Norteamérica en 1848.

Han pasado muchos años desde que el periodista, político e historiador mexicano Carlos María de Bustamante publicó *Campañas del General D. Félix María Calleja* (1828), obra en la que describía el desempeño de este militar y cómo hizo frente a las dificultades que le surgieron en su empeño por mantener el territorio novohispano vinculado a la Corona española.

Posteriormente, en 1896, el militar e historiador español Leopoldo Barrios y Carrión también dedicó otro trabajo al estudio del general Calleja (recientemente reimpresso), donde retoma el tema de la historia militar de este personaje.

A diferencia de las dos obras anteriores, el trabajo del historiador mexicano Juan Ortiz Escamilla nos presenta no sólo a un Calleja militar y estratega, experto en el manejo de las tropas, sobre todo en el campo de batalla. También nos muestra al virrey estadista y hombre capaz de sortear las dificultades y límites que le imponía una constitución, la de Cádiz de 1812, cuya defensa de las libertades individuales no siempre le facilitaba su

tarea de gobierno en un tiempo en donde se buscaba a toda costa restablecer la autoridad real. Por último también nos ofrece una visión del Calleja indiano, término que se le aplica en España a las personas que hicieron las Américas, es decir a quienes después de años en el Nuevo Mundo, regresaron a la Península Ibérica enriquecidos y dispuestos a pasar los últimos años de su vida gozando de sus bienes.

Como bien afirma el autor, Calleja procedía de familia hidalga empobrecida y desde joven tuvo que trabajar duro para lograr ser reconocido en la carrera militar. Como otros muchos oficiales jóvenes, tuvo la oportunidad de curtirse en las guerras ilustradas del viejo mundo, y escribo “ilustradas” por ser aquel tiempo cuando los militares empezaron a recibir una preparación más acorde con las necesidades de su profesión. En ese sentido conviene señalar la importante colección bibliográfica sobre diversas cuestiones militares como estrategia, fortificación, ordenamiento militar y otros, que recoge Ortiz Escamilla de su testamento. Y es que Calleja fue un militar que conocía bien su oficio, prueba de ello fue la batalla de Puente Calderón. Dicen los historiadores militares que el genio de Napoleón sobresalió en la batalla de Austerlitz, pues supo empujar a los austriacos y rusos desplazándolos sobre el hielo que cubría un pantano para luego bombardear con sus cañones dicho hielo y provocar con su ruptura el hundimiento del ejército enemigo. De forma parecida, Calleja incendió el pasto seco y los matorrales de los campos que albergaban a las fuerzas de Hidalgo buscando generar el caos, la dispersión de los insurgentes y obtener así la victoria.

Las habilidades de Calleja como militar no se limitaban únicamente al reconocimiento del terreno para usarlo a su favor en la batalla, también procuró tener un conocimiento psicológico de los enemigos que iba a enfrentar. Llama la atención la visita que hizo en el territorio central de la Nueva España y la descripción que hace de su gente: quiénes eran trabajadores, quiénes se entregaban a los vicios, qué personas eran las más aptas para la formación de las milicias y quiénes serían más adecuados para el ejercicio de otros empleos. Información reunida seguramente gracias a las entrevistas realizadas a las autoridades municipales coloniales, y también a los párrocos de los distintos lugares que visitó.

Ortiz Escamilla no deja de lado la importancia de la reorganización de las milicias coloniales, en un tiempo en el que los extensos territorios del norte comenzaban a padecer la invasión de las tribus indígenas de comanches y apaches, entre otras naciones desplazadas por la colonización anglosajona y francesa. Además, se percató de la necesidad de poblar dichos territorios del norte para poder conservarlos, siguiendo la práctica del mismo imperio romano o de la Reconquista española.

Fue consciente de la importancia de la logística, es decir, de la necesidad de dotar a los soldados de alimentos, agua, armas, municiones, animales de carga, uniformes y demás pertrechos, para alcanzar el éxito en las operaciones militares. Supo que era mejor disponer de un ejército pequeño, pero disciplinado y equipado, a contar con uno grande, mal preparado y pertrechado, como se pudo ver a lo largo de la guerra civil por la independencia. Quisiera detenerme un momento en la afirmación que hace Ortiz Escamilla sobre esta lucha, y es que, efectivamente, la independencia fue un enfrentamiento mayoritariamente entre mexicanos, ya fueran criollos, peninsulares, mestizos, indígenas o pertenecientes a las diversas castas que componían la sociedad de aquel tiempo.

Como buen militar, Calleja supo que para ganar adeptos a la causa contrainsurgente era necesario premiar a sus tropas. Las penalidades que sufrían los soldados, el horror de la muerte, el miedo, el dolor, el cansancio, el hambre, la sed, justificaban los desmanes de las tropas y al mismo tiempo causaban más desolación, más ruina y más pobreza. El terror se combatió con más terror y en el balance final todos resultaron perdedores, incluso el mismo Calleja, que tal y como afirma el autor terminaría sus días en el ostracismo, denostado por los liberales españoles y por el mismo monarca.

Calleja no fue ajeno al proceder de los soldados con respecto al saqueo; tanto durante las campañas militares como en su etapa de virrey no dejó de aprovecharse de su condición de preeminencia para obtener cuantiosos beneficios que le permitieron llevar una vida holgada y más que eso. Es cierto, como señala el autor, que los recursos del ejército realista procedían de donativos y préstamos forzosos, ¿pero acaso no es esta otra forma de saqueo? Con

todos esos bienes, Calleja obtuvo títulos nobiliarios de mayor importancia, como el de conde de Calderón, e incrementó constantemente sus posesiones, primero en América y posteriormente en España.

Su actuación como virrey no se vio tampoco exenta de dificultades. Como general quería que sus órdenes fueran acatadas sin ningún tipo de cuestionamiento, pero la constitución liberal de Cádiz de 1812 no facilitó las cosas. Los planteamientos liberales por un lado, la guerra por otro y la ausencia de la monarquía legítima, limitaban el poder de Calleja. Por eso cuando la constitución fue derogada, pudo entonces establecer una dictadura militar en el territorio del virreinato, que permitió restablecer, en buena medida, el orden y el sistema de recaudación de tributos.

El exceso de poder le generó nuevos detractores, como el obispo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, y el de Puebla, Antonio Joaquín Pérez, quienes informaron a la Corona de los abusos de autoridad de Calleja, y quienes seguramente influyeron en que fuese sustituido como virrey por Juan José Ruiz de Apodaca, siendo relegado a un segundo plano en España, no reconociéndosele el papel que había jugado restableciendo la autoridad real en la Nueva España.

Es muy interesante la investigación realizada por Ortiz Escamilla a propósito de cómo Calleja supo trasladar su fortuna del continente americano

al europeo a través del comerciante inglés Thomas Murphy. Del resto de su vida en España hay que destacar la falta de confianza que tuvo en él tanto el rey Fernando VII, como sus compañeros militares liberales, restablecedores de la constitución de Cádiz en 1820. Consciente de ello, Calleja dedicó sus esfuerzos a incrementar la fortuna conseguida en América adquiriendo tierras y diversas propiedades, sobre todo en el antiguo reino de Valencia, tierra a la que fue destinado, a petición propia, y en donde vivió sus últimos días. Por datos obtenidos del testamento de Calleja, sabemos de su cuantiosa herencia, cuya importancia le permitió a sus sucesores seguir manteniendo títulos nobiliarios.

Debe destacarse la singularidad de este trabajo, que nos presenta un personaje de la historia de México, Félix María Calleja, como militar, gobernante, hombre de familia y también de fortuna, que si bien no quiso permanecer en el Nuevo Mundo, como sí lo hicieron otros muchos peninsulares que optaron por hacerse mexicanos, no por eso debe caer en el olvido, pues dejó una huella destacada en la historia de este país.

Marcelino Cuesta Alonso
Universidad Autónoma de Zacatecas
mrcuesta@hotmail.com

